

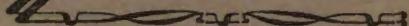
GFS-149-A

La Lola se va a los puertos...
(impreso)
(comedia)

MANUEL MARTIN

:: PAPELERÍA Y OBJETOS DE ESCRITORIO ::

Sta. Engracia, 50. - M A D R I D



MANUEL Y ANTONIO MACHADO

La Lola se va a los Puertos...

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el teatro Fontalba, de
Madrid, el día 8 de noviembre de 1929.

DIBUJOS DE ALONSO



LA FARSA
NÚMERO SUPLEMENTO
MADRID, 1930

CARLOS MANUEL FERNANDEZ

REPARTO

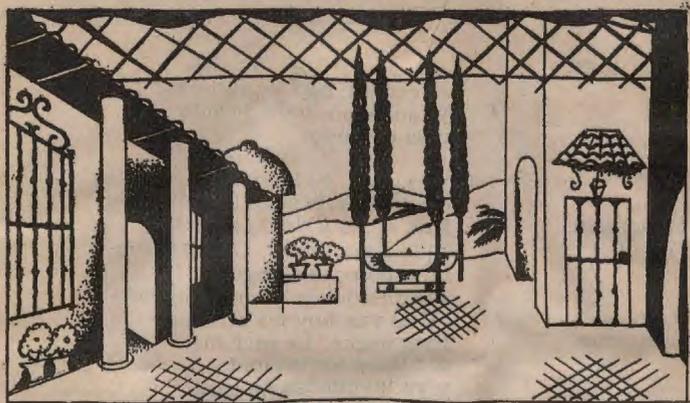
PERSONAJES

ACTORES

<i>La Lola</i>	Lola Membrives.
<i>Rosario</i>	Esperanza Ortiz.
<i>Mercedes</i>	Amparo Astort.
<i>Paquita</i>	Trinidad Carrasco.
<i>Campesina primera</i>	Africa P. Bernabé.
<i>Campesina segunda</i>	Concepción Blázquez.
<i>Heredia</i>	Ricardo Puga.
<i>Don Diego</i>	Manuel Aragonés.
<i>José Luis</i>	Luis Roses.
<i>Paco</i>	Fernando Montenegro.
<i>Panza-triste</i>	José Marco Davó.
<i>Don Narciso Galerna</i>	Fernando Montenegro.
<i>Pato, el Botero</i>	Enrique Suárez.
<i>Chipiona</i>	José García.
<i>El Niño del Arenal</i>	Enrique Suárez.
<i>Fernando</i>	Reinaldo Asensio.
<i>Juan</i>	Juan P. Romeu.
<i>Camavero</i>	Alberto Gracián.
<i>Señoritos primero y segundo</i>	N. N.

Decorados de Fernando Mignoni.

Sucesores de Rivadencyra (S. A.). — Paseo de San Vicente, 20. — MADRID



ACTO PRIMERO

La escena representa la sala baja de un gran cortijo de Andalucía, con amplia portalada de arcos al fondo, que da a una galería abierta al jardín y al campo. Otras puertas y ventanas laterales. El mobiliario adecuado y una larga mesa donde está dispuesto el *lunch* con botellas y cañas en sus cañeros. El jardín llega hasta la misma casa, con sus rosales trepadores enredados a los pilares de la galería. En lontananza, grandes masas de olivar y monte.

ESCENA PRIMERA

PACO y MERCEDES, caseros del cortijo, acabando de arreglar la mesa.

PACO.

¿La señorita Rosario
qué te dijo?

MERCEDES.

Preguntaba
por su novio. Ella creía
que la juerga y la algazara
de esta noche...

PACÓ.

¿Sí?...

MERCEDES.

Eran cosa
del señorito.

PACO.

Me extraña.
Será el cariño, los celos...
Ya sabe que en esta casa
la cabeza más alegre
es la que peina más canas.
Así va el mundo.

MERCEDÉS.

Yo dije
la verdad: coplas, guitarra
y fandango, todo ha sido
cosa del amo.

PACO.

El lo paga
y lo goza. ¡Si lo viera
desde el cielo aquella santa!

MERCEDÉS.

Una santa y desde el cielo
¿qué iba a decir?: «¡Tiene gracia
mi esposo; tan alegrito
siempre donde suenan palmas.»

PACO.

MERCEDÉS.

¡Y se van hoy los artistas?
Esta noche. De mañana
se fueron los invitados,
y ya no quedan en casa
más que la Lola y Heredia.

ACTO PRIMERO
ESCENA II

DICHOS, DON DIEGO y HEREDIA

DON DIEGO.

¡Paco, Mercedes!

PACO.

¿Qué manda?

DON DIEGO.

¿Está preparado todo?

MERCEDÉS.

Dígame usted si algo falta.

DON DIEGO.

Nada. Ya os podéis marchar.

Cuando esté Lola aviada

decidle que la esperamos

para tomar una caña.

(Vanse Paco y Mercedes.)

ESCENA III

DON DIEGO y HEREDIA

DON DIEGO.

¡Heredia!

HEREDIA.

¡Don Diego!

DON DIEGO.

Toma.

(Le da un sobre con unos billetes.)

HEREDIA.

¿Qué me da usted?

DON DIEGO.

Poco. Nada

que obligue. Como recuerdo

de un amigo y de una casa

que habéis honrado, dinero

para el camino y las gracias.

- HEREDIA. Don Diego, ¡dos mil pesetas a nosotros!
- DON DIEGO. Te las guardas; os las guardáis. Y no hablemos de ello.
- HEREDIA. Ni media palabra. Manda Faraón y el polvo obedece.
(Se mete el sobrecito en el bolsillo.)
- DON DIEGO. ¿A qué hora pasa el tren?
- HEREDIA. A las seis y cuarto.
(Una pausa. Heredia y Don Diego se miran. Don Diego va a hablar de Lola y cambia de idea.)
- DON DIEGO. Echemos la última caña.
- HEREDIA. La penúltima.
(Llenan las cañas.)
- DON DIEGO. Bien dices.
(Beben y permanecen algún rato en silencio suspirando.)
- HEREDIA. ¡Ay, Heredia de mi alma!
(La exclamación con que Heredia responde a Don Diego quiere decir que comprende por qué suspira.)
- DON DIEGO. ¡Don Dieguito de mi vida! Tú sabes...
- HEREDIA. *(Con interés.)* Yo... de guitarra un poquillo.
- DON DIEGO. ¿Y de mujeres?
- HEREDIA. Sólo sé que no sé nada, que dicen que dijo el sabio Salomón, que las trataba de cerca.
- DON DIEGO. ¿Qué piensas tú de Lola?
- HEREDIA. Que Lola canta.
- DON DIEGO. Como los ángeles.
- HEREDIA. No; como la Lola. Si es ella el mismo cante. No hay otra, Don Diego.
- DON DIEGO. Conforme, Heredia; pero ahora yo te pregunto por la mujer.

HEREDIA.

Por la hembra
juncal. Comprendido; usted
quiere saber...

DON DIEGO.

Si chanela...

HEREDIA.

Más que de coplas...

DON DIEGO.

Si marcha...

HEREDIA.

O no marcha.

DON DIEGO.

Justo.

HEREDIA.

Tenga
—y perdone—el sobrecito
con sus papiros.

DON DIEGO.

*(Le devuelve el sobre.)**(Rechazando el sobre con disgusto.)*

No aciertas

a comprender. Yo no compro
a mis amigos.

HEREDIA.

Pues venga

otra cañita.

(Se guarda el sobre y Don Diego llena las cañas.)

Y ahora,

¿escuchará la grandeza
de Andalucía, el consejo
de una lombriz de la tierra?
Habla y no te achiques tanto.
Don Dieguito, no se pierda
usted a sus años.

DON DIEGO.

HEREDIA.

DON DIEGO.

¿Tan viejo

HEREDIA.

soy? ¿Cuántos años me echas?
Para morirse muy pocos;
para bailar de cabeza...
el hombre debe de ser
viejo desde que se afeita.
La Lola... la Lola... ¿Ha dicho
usted la Lola? Usted piensa
que es una chavala...

DON DIEGO.

HEREDIA.

Sí.

Como otras muchas que ruedan
por el mundo... Una mujer...
Es claro...

DON DIEGO.

HEREDIA.

Pues no lo crea
usted, Don Diego; la Lola
no es una mujer siquiera.
¿Qué es entonces?

DON DIEGO.

HEREDIA.

Cante hondo

con faldas, la misma esencia
del cante, la cantaora,

DON DIEGO.
HEREDIA.

la Lola. Aunque usted la vea
cerca de usted y la escuche,
y la toque—si se deja—
la Lola no es de este mundo.
Yo que voy siempre con ella
—soy su guitarra—lo sé,
Don Diego, por experiencia.
Lola y tú...

DON DIEGO.
HEREDIA.

Pare usted el coche;
Lola y yo somos pareja
de flamenco. Ella es el cante;
yo, el toque.

¿Y no más?

(Jurando.)

¡Por éstas!

Entre Lola y yo no hay
más allá de: afina, templa...
Heredia, por soleares;
por seguidillas, Heredia.

ESCENA IV

DICHOS Y LOLA

DON DIEGO.
LOLA.
DON DIEGO.
LOLA.

Lola.
Don Diego.

¿Te vas?
A Sevilla. Heredia...

(Dirigiéndose a Heredia, que se va a marchar.)

HEREDIA.
LOLA.
HEREDIA.
LOLA.
HEREDIA.

Lola...
¿Dónde vas?
Vengo en seguida.
Estate aquí.
Vuelvo ahora.

(Se va.)

ESCENA V

LOLA Y DON DIEGO

DON DIEGO.
LOLA.
DON DIEGO.
LOLA.
DON DIEGO.

¿Qué tienes con ese hombre?
¡Yo! Nada.

Pues ¿qué te importa
que se vaya o que se quede?
¿A mí?... ¿Y a usted?...

Poca cosa.

Pero... parece que no
quieres que hablemos a solas.
Al contrario...

LOLA.
DON DIEGO.
LOLA.
DON DIEGO.

Escucha.
Escucho.

LOLA.

¿El irte a Sevilla ahora
te es muy preciso?

Bastante...

DON DIEGO.

Hay un contrato.
Se borra;

LOLA.
DON DIEGO.
LOLA.

se anula.
Di mi palabra.
¡Firma el Rey!...
Firma la Lola.

DON DIEGO. Si yo indemnizo a la empresa
y le busco, además, otra
figura del cante que
te sustituya...

LOLA. ¡Qué cosas
dice usted! ¡Si la que tiene
empeño en cantar ahora
en Sevilla soy yo!

DON DIEGO. Bueno.
Donde hay una oferta hay otra.
Yo te necesito aquí.

LOLA. Aquí, ¿en el campo?

DON DIEGO. Y en Córdoba,
en mi casa. ¿Eso qué vale?

LOLA. No vale nada.

DON DIEGO. Perdona;
¿qué cuesta? Porque valer...
no hay oro en la tierra toda
para pagarlo.

LOLA. Don Diego,
usted ¿me vende... o me compra?

DON DIEGO. No te entiendo.

LOLA. Yo a usted, sí.
Quiere usted una cartadora
para usted solo.

DON DIEGO. A una... no,
a la única.

LOLA. Sin broma:
Gracias, Don Diego. Yo no
valgo tanto. Además...

DON DIEGO. Lola.
Además, tienes razón;
pero... además ¿qué te importa?

Baritone

Musica

*Don Diego Escuchame chiquillo;
mis tierras de olivar
con solo que te quieras
todas para ti serán.*

*Lola Dejeme con mi canto y mi suerte
D. Diego Todas para ti serán.*

*Lola Yo vivo como la alondra
que libre en el cielo canta;*

no quiere reino en el mundo
la reina de la mañana.

S. Diego Gitanilla mía,
todas para ti serán.

Lola El corazón de la Lola
nadie lo pudo comprar
desde Granada a Sevilla
desde la sierra a la mar

S. Diego Piensalo bien chiquilla,
mi alma;
si quieres - mas te ofrezco,
manda,
que yo mas tengo.

Lola Desde Sevilla a Granada
desde la mar a la sierra
el corazón de la Lola
solo en la copla se entrega

Los dos El corazón de la Lola
nadie lo pudo comprar,
el corazón de la Lola
solo en la copla se da.

Lola
DON DIEGO.

Y ahora llámeme usted a Heredia,
que nos vamos.

hablado

Tu persona
está más segura aquí
que en un altar. A su hora
os iréis. Yo voy a dar
al haza de las Toronjas
un vistazo. Es lo mejor
de esto, y... ¿Por qué no te montas
a la grupa del caballo
y vemos la finca toda?
¿Qué dirían los pastores?
Que llevaba a la Pastora
de Capuchinos.

LOLA.
DON DIEGO.

LOLA.

¡Hay gracia!
Pero a mí más me acomoda
estarme quieta.

DON DIEGO.

A tu gusto.

ESCENA VI

DICHOS, PACO y MERCEDES

DON DIEGO.

Paco, Mercedes... La Lola
(*Los criados acuden.*)
y Heredia son ahora aquí
los amos.

PACO.
DON DIEGO.

A mandar. Corta
tú del jardín las mejores
flores, claveles y rosas,

y ve haciendo un ramo. Yo vuelvo pronto. Que dispongan el coche para las cinco, con la Romera y la Torda.
 Descuide usted.
 PACO. *(Aparte, a Lola.)* Bueno. Y tú medita bien...
 DON DIEGO.
 LOLA. Hasta ahora.
(Don Diego se va por el foro.)

ESCENA VI

LOLA, MERCEDES Y PACO

(Lola se sienta junto a la mesa, apoyando en ésta el codo, y la cabeza en la mano, pensativa, meditando, soñando. Paco y Mercedes la contemplan con admiración, simpatía y respeto. Dudan de acercarse y hablarle. Se miran entre sí, Mercedes se aleja hacia el jardín. Paco se acerca, poco a poco, a Lola y se decide a hablarle.)
 PACO. *(Dirigiéndose a Lola y prorrumpiendo en un verdadero grito de admiración que el respeto a los señores, y principalmente a su amo, le ha hecho dominar hasta ese momento; porque—claro está—Paco y toda la servidumbre del cortijo, unos descubiertamente y otros a hurtadillas, han oído cantar a Lola la noche anterior.)*

PACO. ¡Poco dura la alegría en la casa de los pobres!
 MERCEDES. ¡Ya se van ustedes!...
 LOLA. *(Distráida.)* Ya...
 PACO. ¡Si yo tuviera millones!...
 LOLA. ¿Qué haría usted?...
 PACO. No dejarla que se fuera.
 LOLA. Pero ¡hombre! ¿qué iba a hacer aquí?...
(Al decir esto Lola recuerda que aquí, como en otras partes, ella podría ser el ama, y piensa, además, que no quiere serlo ni le importa.)
 PACO. ¡Enseñarle el cante a los ruiseñores!
 MERCEDES. Y el señorito Luis, que vendrá... ¿No lo conoce usted?
 LOLA. *(Siempre abstraída.)* No.
 PACO. El chiquillo es guapo...
 MERCEDES. *(Con entusiasmo y cariño profundo por el muchacho, a quien ella ha criado a sus pechos.)*

- ¡Más s'mpático! ¡Más noble...
el pobrecito!...
- PACO. Su padre,
Don Diego, el amo, se pone
a veces con él furioso...
No congenian.
- MERCEDES. Se conoce
que al muchacho no le tira
el campo... El trae sus libiotes
de Sevilla, y se le pasa
leyendo, en claro, una noche,
a lo mejor.
- PACO. Y otras veces
los abre y los tira; conque...
Puede ser que yo lo quiera
más que tú.
- MERCEDES. *(Si es muda revienta.)*
¡Eso sí que no!
- PACO. Después de la santa aquella
que fué su madre, ninguno
más que yo...
(Vencido.)
¡Vaya, que sea!
*(Y luego, buscando otra salida y aludiendo a
la novia del señorito.)*
La señorita Rosario...
(Interrumpiéndole vivamente.)
Lo querrá... de otra manera.
Porqué va ser su mujer.
- MERCEDES. *(Que empieza a interesarse en la conversación.)*
¿Sí?
- LOLA. ¡Si Dios no lo remedia.
(Dice esto como para sí y casi sin querer.)
- MERCEDES. ¿Qué dices?
(Escandalizado a su vez.)
- PACO. Digo... que no
sabe ella lo que se lleva.
¿Que no sabe? ¡Pues es poco
lista!
- LOLA. ¿Sí?
- PACO. ¡Poco resuelta!
*(Paco, que en el fondo quiere también mucho al
señorito de casa, admira más a la futura ama,
es partidario entusiasta de Rosario, quizás por-
que tiene menos confianza y familiaridad con
ella.)*
¡Eso es una señorita
de verdad!
- LOLA. *(Con cierta sorna.)*
¡Vaya!
- PACO. *(Entusiasta y contundente.)*
¡Completa!
Aire, planta, señorío...
¿Guapa?
- LOLA. Y sabiéndolo ella.
- MERCEDES. Más fina, ¡más elegante!...
- PACO.

(Dirigiéndose a Lola, oficiosamente explicativo y panegirista de Rosario.)

Mercedes

Más orgullosa

ROSARIO.

(Desde el foro.) Que metan el coche en el cobertizo de abajo y que me lo tengan siempre listo.

ESCENA VII.

DICHOS y ROSARIO, apareciendo en la puerta del jardín y saludando.

ROSARIO.

¡Buenas tardes!
(Al reparar en Lola hace seña a Paco de que se acerque, y le dice.)

PACO.

Oye, Paco, ¿quién es ésta?
(Que ha acudido oficioso y solícito.)
La Lola, la cantaora famosa...

LOLA.

(A Mercedes, que ha permanecido a su lado.)
¿Es ella?

MERCEDES.

¡Sí, ella.
(Paco y Mercedes se retiran y se van por el fondo hacia el jardín.)

ESCENA VIII

ROSARIO y LOLA

ROSARIO.

Me suena el nombre de usted.
No es extraño; tantas Lolas tiene el mundo...

LOLA.

ROSARIO.

¿Como usted?
Ninguna; no hay dos personas iguales.

LOLA.

ROSARIO.

Quiero decir que como artista de nota...
Gracias.

LOLA.

ROSARIO.

Me era conocido su nombre, y el verla ahora me agrada.

LOLA.

ROSARIO.

LOLA.

Gracias.
¿De paso?
De Linares para Córdoba, Sevilla y Cádiz; después, donde Dios quiera.

ROSARIO.

No es poca fortuna la de mi tío; tener ruiñeñor y alondra por noche y mañana, en una garganta de cantaora, para él solo.

LOLA.

El se merece eso y más. Don Diego me honra con su amistad; es decir, con su afición a mis coplas. Le gusta el canto, aunque ya mi canto no está de moda.

ROSARIO. ¿De veras? ¿Y es cante hondo lo de usted?

LOLA. Así lo nombran.

ROSARIO. Confieso que nunca pude tararear cuatro notas.

LOLA. Se explica. ¡Como si yo me pongo a cantar Dinora! A una mujer de su clase no le va el flamenco, cosa popular.

ROSARIO. ¡Esas canciones tan tristes, tan angustiosas, tan desgarradas...

LOLA. También hay un flamenco en compota, un moruno catalán, gitano de Badalona, para gente fina. Usted se lo sabrá de memoria.

ROSARIO. ¿Usted no cree en el cariño, en el querer de sus coplas?

LOLA. El querer y el olvidar del cante, ya es otra cosa. Eso es verdad, por lo menos mientras se canta y se toca.

De querer a no querer hay un camino muy largo, y todo el mundo lo anda sin saber cómo ni cuándo..., dice la copla.

ESCENA IX

DICHOS; JOSE LUIS y HEREDIA, por la puerta del fondo.

JOSE LUIS. *(Que al llegar al cortijo se ha encontrado con Heredia en la puerta del camino y sabe por él que está allí Lola, la famosa Lola, de quien tanto se habla en toda Andalucía, se detiene con Heredia en la puerta del fondo a escuchar a Lola y a contemplarla con admiración y simpatía, y visiblemente impresionado por su belleza y su gracia, dice desde allí.)*

LOLA. *(Volviendo rápidamente la cabeza hacia la puerta, y dándose instantáneamente cuenta de quién es el nuevo personaje.)*

JOSE LUIS. *(A Heredia, adelantándose hacia Lola.)*

HEREDIA. *(No me presenta? (Con mucha cachaza.)*

LOLA. *(Dirigiéndose a Lola.)*

JOSE LUIS. *(Encantado y sorprendido.)*

LOLA. *(Indicando que era fácil adivinarlo.)*
¡Bah!...
(Inclinándose graciosamente.)
¡Por muchos años!

JOSÉ LUIS. *(Dirigiéndose afectuoso y natural a Rosario.)*
¿Tú estabas aquí con ella?
(Como quien dice con la maravilla del canto.)

ROSARIO. *(Displicente y afectando no dar a Lola la menor importancia.)*
Hace poco que he llegado
y, mientras alguien venía...

LOLA. *(Enterada y recogiendo la alusión.)*
Yo... la he entretenido un rato.

Pero, ahora, el mandamiento:
no estorbar. Heredia, vámonos
tú y yo al jardín, mientras llega
el coche.

JOSÉ LUIS.
ROSARIO.

¡Si es tan temprano!
Si ellos quieren...

JOSÉ LUIS.

(Indicando que los deje marchar.)
(Ingenuo, entusiasta y sin fijarse en el enjudo de su novia, a Lola.)

No se vaya
usted... Diles, tú, Rosario,
que no se vayan.

ROSARIO.

Por mí...
(Aparte, a José Luis.)
No comprendo tu entusiasmo.
(Alto, a Heredia y Lola.)
Quédense... No estorban.

JOSÉ LUIS.

(Sin fijarse en la impertinencia de su novia.)
Lola...

LOLA.

¿Qué?

JOSÉ LUIS.

Lola...

LOLA.

(Riendo.) Me llamo.
(Animado por la bondadosa alegría de Lola.)

JOSÉ LUIS.

Si usted fuera tan amable
que aquí, solitos los cuatro,
nos cantase usted la copla
que más le guste...

LOLA.

(Mirando a Rosario.)
Es el caso
que... ahora...

Usted no se enfada,
Pepe... Pero quiero tanto
yo a mis coplas, que las sigo,
de que salen de mis labios,
como a palomas que vuelan
de ramita en rama... Y cuando
noto que hay alguien que no
las mira bien, me las callo...
Me parece que se van
a lastimar... y no canto.
Usted me comprende...

JOSÉ LUIS.

(Entusiasta.) Yo
la comprendo, sí, y...

ROSARIO.

(Va a decir: la admiro, cuando...)
(Que está molestísima, deseando cortar aquella conversación, interviene con tono provocativo y duro.)
Acaso

dice usted eso por mí...
(Tranquila.)
LOLA. Por usted lo digo, ¡es claro!
Pero tiene usted razón.
ROSARIO. ¿...?
LOLA. Usted ha venido a escucharlo
a él y no a mí.
ROSARIO. (Con tajante impertinencia.)
Ya nosotros
lo tenemos todo hablado:
y usted no es inconveniente
para nada.
LOLA. (Con imperceptible sorna.)
¿No?
ROSARIO. Si, en tanto
que vuelve mi tío, él quiere
oírle cantar un rato,
debe usted darle ese gusto,
que él satisfará de largo,
como es debido, y ustedes
no lo perderán.
JOSÉ LUIS. (Alarmado y chocado por el tono despectivo de
su novia.) ¡Rosario!...

Que Lola y Heredia son
mis huéspedes.
ROSARIO. ¿Yo les hago
la menor ofensa? Ellos
¿no viven de su trabajo?
¡Pues se les manda cantar,
se les paga y terminado!
¡Lola!... Perdónela usted...
JOSÉ LUIS. (A Rosario, con mal contenida indignación.)
A un regalo otro regalo
corresponde, y al artista
no le ofende el aceptarlo.
Pero, ¡pagar!, no hay quien pague
las cosas bellas...
ROSARIO. ¡Romántico!
Ellos piensan de otro modo.
¿Verdad?
(A Lola, con descarada impertinencia.)
LOLA. Verdad. Por dos cuartos
canta un ciego.
ROSARIO. (Que ha ido demasiado lejos.)
Yo no he dicho...
LOLA. Y por nada canta un pájaro.
HEREDIA. Y todavía le sale,
al que no le gusta, caro.
ROSARIO. (Suavizando algo, pero insistiendo siempre en
señalar la diferencia de clases y en colocar a
los artistas a distancia.)

José Luis

ROSARIO.

Rosario; lo que tú haces
no es noble ni delicado.

(Furiosa.)

Eso, eso... ¡Insúltame
por tus flamencos!...

¡Rosario!

JOSÉ LUIS.
LOLA.

(A José Luis.)

¡Ve usted cómo yo tenía
la razón? ¡Heredia, andando!...

(Y seguida de Heredia se encamina a la puerta, a tiempo que aparece en ella Don Diego, que vuelve del campo. Lola está más hermosa que nunca.)

JOSÉ LUIS.

(Siguiéndola unos pasos, la llama.)

¡Lola!

LOLA.

(Se vuelve desde la puerta y, deteniéndole con la mirada, le responde:)

¡Pepe!

ROSARIO.

(Que ve ir a su novio tras de la otra, sin poderse contener, lo llama desolada.)

¡José Luis!

ESCENA X

DICHOS. DON DIEGO, acompañado de PACO, el casero, que se retira prudentemente al oír el tono en que su amo comienza a hablar. Más adelante de esta escena, cuando se oye sonar la guitarra, para que Lola cante, se ven aparecer en la puerta del fondo: Primero, PACO y MERCEDES; luego, varios campesinos y capataces de la finca.

DON DIEGO.

(Poniéndose delante de Lola, como para detenerla. Lola se vuelve entonces hacia el proscenio.)

¿Adónde vas? ¿Qué ha pasado?

(Interrogando a todos con la mirada y notando la alteración que cada uno disimula, más o menos. Don Diego, que viene ya avisado de la llegada de su hijo, para cuyo carácter y modo de ser tiene una de esas incomprendiones casi absolutas, más frecuentes de lo que parece, de una generación a otra, decide para sí que José Luis ha cometido alguna grosería, inconveniencia o desabrimiento con Lola, y, sin más averiguaciones, se encara con el muchacho, lleno de violencia.)

¿Qué ha pasado?... Desde luego me figure que en llegando tú aquí... Y al saber que estabas puse a galope el caballo. Pero, por lo visto, tarde piache... ¿Sabes, mentecato, cómo hay que tratar a esta mujer? ¿Qué le has dicho? ¡Vamos! ¡Alguna sandez, alguna impertinencia!... ¡Es un sabio el niño, y todos los niños de ahora!... Y con saber tanto

no saben nunca mostrar la cortesía, el agrado precisos; y más a una mujer; y, mucho más, cuando es una artista como ésta, única, admirable.

JOSÉ LUIS. (Tranquilo.) Estamos conformes.

DON DIEGO. Pues a pedirle perdón.

JOSÉ LUIS. Ahora.

DON DIEGO. (Sin verle.) ¡Volando!

LOLA. Pero yo no lo perdono.

DON DIEGO. (A Lola, suplicante.)

¡Mujer!...

LOLA. (Tranquila y suave.)

Porque no ha pecado, ni aquí ha sucedido nada de particular. Estábamos impacientes... por la vuelta de usted. Y al ir a asomarnos al jardín...

DON DIEGO. Tú eres muy buena, Lola... Pero estos muchachos no saben hablar a una mujer sin hacer el ganso.

ROSARIO. (Que observaba ansiosa el aparte de su tío con Lola, temiendo que ésta se quede, se decide a declarar lo ocurrido.)

Tío, ¿quiere usted escucharme a mí una palabra?...

DON DIEGO. (Volviendo a la realidad, un poco confuso, y reparando, quizás por primera vez, en Rosario.)

Vamos...,

sobrina..., ¡perdonal! Todo lo que quieras... Vengo dando lecciones de cortesía y a ti ¡ni te he saludado!

LOLA. (A José Luis, con cierto interés afable no exento de coquetería.)

¿Conque vive usted en Sevilla?

Y ¿qué hace usted allí?...

JOSÉ LUIS. Acabando

mi carrera.

DON DIEGO. Yo mando.

(Y, efectivamente, decidido a ordenar a su hijo que se quede, interrumpe, entre paternal y mal-humorado, la conversación de éste con Lola, diciéndole:)

Bien, caballero; basta de palique.

(Y luego, aparte a José Luis, con severidad y enfado.) Eres un necio...

Está Rosario enojada, ¡con razón! A toda costa tienes que desagraviarla.

(Y dirigiéndose con dulzura a Lola, que contrasta con su dureza para el hijo.)

Y tú, Lola..., ven acá.

Fué de otra clase la falta de este mozo, a lo que entiendo, y me inclino a perdonarla, si tú también...

LOLA.

DON DIEGO.

¡Si yo no
tengo que perdonar nada!
Pues no se hable de ello más.

(Y a su hijo, con campanuda severidad.)
Y... aprende tú que, en tu casa,
la persona de tu huésped
para ti ha de ser sagrada.

(José Luis va a responder desesperado, echándolo todo a rodar. Pero Heredia, que previendo el momento de intervenir ha llenado de vino unas copas durante la última parte del diálogo, se adelanta con una caña en cada mano y tercia oportunísimamente, diciendo:)

HEREDIA.

Bueno... que sea motivo
para tomar una caña
esta buena compañía
...y la pena de dejarla.

(Y dando una copa a Don Diego, le dice bafito:)

No se precipite usted,
don Diego.

(Y volviéndose a José Luis para darle otra caña:)
Tenga usted calma,
mocito.

(Y llevándole un poco aparte y señalando a Lola, sentada junto a la mesa y a la parte del cielo que se ve al fondo.)

¿Ve usted el lucero
de la tarde? Más lejana
está de nosotros esa
mujer que ve usted ahí sentada.

(José Luis lo mira y mira a Lola.)

Coja usted un rayo de sol;
detenga usted una palabra
que se fué; abraza usted el mar,
y córtele usted las alas
al viento... Todo eso es
más fácil que sujetarla.

JOSÉ LUIS.

(Asombrado.)

¿Por qué?

HEREDIA

Porque ella se va
siempre. Es como el río; pasa
y no vuelve nunca atrás
su corriente.

JOSÉ LUIS.

¡Pero arrastra!

HEREDIA.

Al barco que no gobierna
y al sujeto que no nada.

JOSÉ LUIS.

(Mirando a Lola entusiasmado.)

Pues yo me voy a Sevilla
a oír.

DON DIEGO.

(Que ha oído lo de ir a Sevilla.)

¿Tú?

LOLA.

(Levantándose decidida y serena y haciendo una seña a Heredia. Este toma la guitarra de la silla donde la había dejado.)

No hace falta.

DON DIEGO.

(Amenazador, a su hijo.)

¿Qué dices?

JOSÉ LUIS.

Que yo también
tengo asuntos de importancia
en Sevilla.

ROSARIO. (*Alarmadísima.*)
DON DIEGO. (*Por José Luis.*) ¡Pepe!
Nunca.
JOSÉ LUIS. ¡Bueno!
(*Desafiando la ira del padre.*)
HEREDIA. (*Rasgueando en la guitarra y señalando a Lola.*)
Vamos a escucharla.
LOLA. (*Se sienta y habla unas palabras con Heredia.*)
Esta es la última copla
que canto yo en esta casa.
Heredia...

(*Este se inclina y ella le indica lo que ha de tocar.*)
HEREDIA. (*Asombrado.*)
Un cante tan grande
que...
LOLA. Me está hirviendo en el alma.

Don Diego... Usted que lo entiende...
(*A José Luis.*)
¡Va usted a oír lo que no canta
ya nadie!
(*Indicándole que se sienta a un lado hacia donde está Rosario.*)
Así... Una mijita

más lejos.
(*A Don Diego.*)
Y usted, aquí.
(*Al lado de él.*)
LOLA. (*Mientras Heredia templa.*)
Vaya
por ustedes todos...
(*Mirando a Rosario.*)

Si
usted no me lo rechaza.
ROSARIO. ¡Yo?...

(*Algo desconcertada.*)
DON DIEGO. Lola...
JOSÉ LUIS. (*Con entusiasmo.*)

¡Lola!
HEREDIA. (*Con autoridad de artista verdaderamente litúrgica.*)

A escuchar.
Silencio. La Lola canta.
LOLA. (*Cantando acompañada a la guitarra por Heredia.*)

De querer a no querer
hay un camino muy largo,
y todo el mundo lo anda
sin saber cómo ni cuándo.

(*Apenas han empezado a sonar la guitarra y las primeras notas del canto, han aparecido a la puerta del fondo: primero, PACO y MERCEDES, luego, varios campesinos, que, so pretexto de venir a dar sus cuentas, vienen efectivamente*

SOLEA

a otr a Lola y a admirar a la mejor cantaora de Andalucía. Poco a poco se van entrando de puntillas y sombrero en mano, manteniéndose siempre a distancia respetuosa del grupo de los señores, que no repara en ellos. Oyen religiosamente, y cuando Lola acaba de cantar se retiran hacia el fondo dando muestras de entusiasmo; pero no se van. Quieren gozar de la presencia de ella hasta el fin y despedirla a su modo.)

DON DIEGO.

(Sin poder contener su entusiasmo a la Lola, con vehemente enamoramiento.)

¡Olé mil veces tu boca!

¡Bendiga Dios tu garganta!

(Al oído de ella, que sonríe sin hacerle caso.)

¡De perlas he de cubrirla!

Heredia, ¡otra copal!

Heredia

Gracias

Sota -

Heredia! Llegó el momento.

(Y se dirige a la puerta, pero José Luis la detiene un momento.)

JOSÉ LUIS.

(Bajo a Lola.)

Pero... mi padre... mañana...

LOLA.

(Parándose en seco.)

Mañana y siempre yo sé lo que quiero.

JOSÉ LUIS.

(Sigue andando.)

(Queriendo todavía detenerla y complicando a Heredia.)

¡Ah! ¡No se vayan!

HEREDIA.

(Mirando a Lola, que ha decidido irse sin esperar un momento.)

Estamos aquí a gustísimo.

Pero es tarde. El tren no aguarda

y...

(Consultando su reloj. En este momento, atravesando el grupo de campesinos que se abre a un lado y a otro, se presenta el cochero Fernando y dice:)

FERNANDO.

El coche.

LOLA.

(Amablemente seria.)

Don Diego, adiós.

(Volviéndose al muchacho, con sincero acento de gratitud y simpatía.)

José Luis, muchas gracias...

JOSÉ LUIS.

¿No la veré a usted?...

LOLA.

A mí

me ve y me oye el que me llama para cantar... o el que toma en el teatro su butaca.

ROSARIO.

(Desde lejos y disparando su último tiro, pero ya sin convicción y casi involuntariamente.)

Y... ¿nadie más?

LOLA.

(Con serena dignidad.)

Nadie más.

ROSARIO.

(Acercándose a ella, vencida por la grandeza de esta mujer, que se va—dejándole el campo libre—sin ceder a sugerencias de interés, de amor, de nada.)

¿Me perdona usted?

LOLA. (Siempre magnánima.) De nada.
ROSARIO. (Que quiere, sin embargo, explicarse, disculparse.)
Yo creía...
LOLA. (Interrumpiéndola.) Usted creía.
ROSARIO. Yo pensaba...
LOLA. Usté pensaba...

De los malos pensamientos
Dios nos libre.

(Y esboza el gesto de hacer una cruz en la frente de Rosario.)

ROSARIO. (Realmente conmovida.)
LOLA. ¡Lola!
(Termina el gesto, signándose ella misma en la frente.)
DON DIEGO. Basta.
(Reparando en los grandes ramos de rosas que tienen en las manos Mercedes y Paco, cortadas del jardín por orden suya.)
¡Las rosas, llevar las rosas al coche!..
(Paco y Mercedes salen con las rosas a dejarlas en el coche que se supone junto a la misma puerta, pero que no se ve.)
LOLA. (Al ver las flores.)
¡Dios mío! ¡Cuántas!

(A Lola al oído.)
Que no hay remedio, ¡te vas!
Yo te buscaré mañana en Sevilla.

LOLA. ¿A mí?
(Y sigue hacia fuera sin mirarlo.)

HEREDIA. (Al pasar junto a Don Diego.)
Don Diego,
¿ve usted lo que yo le hablaba?
(Como diciendo, ¿ve usted cómo ella se va siempre?)

DON DIEGO. (Empeñado.)
Ya veremos.

HEREDIA. (Saliendo.)
Dijo el ciego.

CAMPESINO 1.º (Al pasar Lola.)
Yo le traía esta mata de sándalo.

(Se la ofrece; ella la toma sonriendo.)
CAMPESINO 2.º (Dándole unos resedas.)
Resedanes...

CAMPESINO 3.º Y yo... estas flores de jara.
LOLA. (Tomándolas y sonriendo amablemente a todos.)
Gracias.

CAMPESINO 1.º A usté, ¡reinal
LOLA. Adiós.

(Sale y se supone que ha subido al coche.)

CAMPESINO 1.º ¡Viva la que mejor canta en el mundo!

CAMPESINO 3.º ¡Dios bendiga a la alegría y la gracia de Andalucía!...

Don Diego

JOSÉ LUIS. *(Atravesando el grupo y con acento verdaderamente conmovido.)*

Adiós, ¡Lola!

DON DIEGO. *(Deteniendo a su hijo y dirigiéndose al cochero, que va a partir.)*

Cuidado, Fernando...

FERNANDO. *(Dentro.)* ¡Alza!

¡Romera! ¡Tordal...

CAMPESINO 2.º Ellas van

orgullosas con su carga.

(El coche ha partido. Se oyen sus campanillas cada vez más lejanas. Es casi de noche. Todavía desde la puerta dice:)

JOSÉ LUIS. ¡Adiós!... ¡Allá van...

CAMPESINO 1.º *(A gitando su pañuelo de hierbas.)*

¡Adiós!

JOSÉ LUIS. Ya doblan por la cañada...

Ya no se ven...

DON DIEGO. *(Que se ha colocado ahora junto a la ventana,*

ESCENA XI

ROSARIO, JOSE LUIS y DON DIEGO, este último junto a la ventana.

JOSÉ LUIS. *(Mirando a la puerta del fondo, por donde se ve el cielo estrellado y se adivina el campo en sombra.)*

¡Cómo ha venido de noche!

ROSARIO. *(Que estaba sentada en la silla que ocupó Lola, se levanta y se acerca lenta y tímida a José Luis, que parece abstraído y ausente, y poniéndole una mano en el hombro.)*

¿No quieres llegar a casa...

a ver a mi madre?

JOSÉ LUIS. *(Maquinalmente, como despertando de un sueño y mirando la silla que acaba de dejar Rosario.)*

Bueno...

DON DIEGO. *(Desde la ventana, por donde mira siempre al campo.)*

¡Sí, sí! Yo iré luego...

(Rosario va a hablar. Pero José Luis la detiene con un gesto y escucha suspenso.)

¡Calla!...

Parece que vuelve a oírse el coche.

(Pausa, escuchando.)

Ya no...

(Otra pausa.)

Ya... nada.

(Ahora sí que es completa e inopinadamente de noche.)

Lola - Ojito de triángulo,
leche de chocolate morado,
Dame, pitilla, un beso,
leche de chocolate morado
Dame un beso
pitilla, pitilla,
que pida el conocimiento
que me va ya la vida
Dame pitilla, un beso
que me va ya la vida
que pida el conocimiento
leche de chocolate morado
ojito de triángulo,
leche de chocolate morado.

Canto 20

Prologo, que entaza con dos
coplas: "Mujer quien dijo mujer"
(dos coplas y comentario musical)
hala y Mercedia.

Duo de hala y Rosario (Habancera)

Duo de hala y Jose Luis

Fiesta, fango, serenatas y final con
zapateado (~~habancera~~ coro
y bananeras.)

Final: avanza en la cafetada, mu-
dra orquesta sola. Uchilado sobre
la musica; final el motivo

Letra del vals *Quilindico*
del DUO DE TUPLES

(al llegar al tiempo de HABANERA)

LOLA = Te has venido por él esta noche
y ya no puedes volverte atrás.
Yo te juro que lo convenceré,
no te avergüences
ni de buscar.

Tú no puedes dejar la vida
que se te va sin su querer.
Te no puedes dejar la vida
porque en tu mano
que defender.

La de: Amor de amores
es para mí...

Lola = ... El canto de la sierra,
voz de la tierra
donde nació.

Risai = A poco en tu quecos,
aunque yo nunca
a para ai.

Lola = (Repita)
Naria a matarme
y quicor darne
van ganya ai.
Pueno, chovilla,
formidad.

Risai = Pueno ya me calla;
tu manda ya.

Lola = Yo en el terreno
de la verdad,
tu verai que es más
que el pensamiento ^{rica}
la realidad.

Risai = Pueno ya me calla,
tu manda ya.

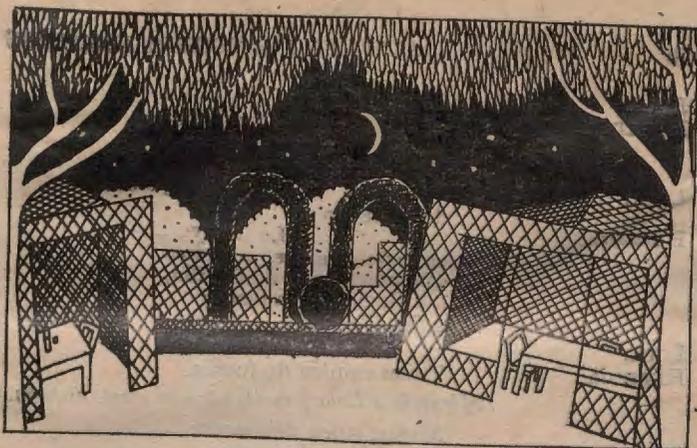
Lola = Tu verai que es más rica
que el pensamiento
la realidad.

}

La du: No repare en un ~~pequeño~~,
que no es de poca cosa vez.
Tambien se lleva
en el ~~cuarto~~.

210

**PAPELERÍA, OBJETOS DE ESCRITORIO
VDA. DE JUAN M. SALAZAR
Luchana, 7 - Teléfono 30407 - MADRID**



ACTO SEGUNDO

La escena representa una glorieta del jardín de una venta sevillana, orilla del río. A la derecha, un cenador grande hacia el primer término, en donde está dispuesta la mesa del convite y al cual se entra por el fondo que es el jardín. A la extrema izquierda otro cenador pequeño, delante del cual hay un banco propio del sitio. Entre uno y otro cenador se abre una senda que va hacia el fondo del jardín. A uno y otro lado del jardín se ven luces que corresponden a otros cenadores, hasta perderse en la lejanía, que se supone llega hasta la orilla del río. Es de noche y, por lo tanto, puede haber un gran efecto en las luces y colores.

ESCENA PRIMERA

HEREDIA ~~(señalando)~~ y LOLA

¿Crees que debemos marcharnos?
La razón...

HEREDIA.

Si tu cabeza
no es un remate de adorno
para lucir la peineta,
reina del cante, ¿por qué
esas preguntas superfluas?
¿Y adónde vamos?

LOLA.

HEREDIA.

A Cádiz,
a Sanlúcar... donde quieras.

LOLA.

La Lola se va a los Puertos...
(Cantando.)

No, no, la Lola se queda
en Sevilla. ¿Qué te asusta,
cobardón?

HEREDIA.

La nube negra
que se echa encima... ¡Y va a ser
agua clara lo que llueva!
Será vino.

LOLA.

HEREDIA.

Echalo a broma.



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

Don Diego, con dos bateas
 de cañas de manzanilla
 de más en el cuerpo, llega
 esta noche, y con la espuma
 de Sevilla: Paco el Breva,
 Panza Triste, Chipiona,
 Corta-el-Hipo (gente buena
 que lo escolta), en compañía
 de Don Narciso Galerna,
 un ricacho, el rey del corcho.
 ¡Del corcho!

LOLA.
 HEREDIA. De las botellas.
 Dos comparitos del brazo
 que se apuntalan, si llega
 el trance de andar. Don Diego,
 propicio a cualquier violencia,
 sabe Dios lo que cavila.
 Ayer me dijo: diez leguas
 vendo de olivar y compro
 a mí Lola una diadema.
 ¿Qué me dices?

LOLA. Que así acaban
 los latifundios.
 HEREDIA. Chochea
 el pobre. Y el niño...
 LOLA. ¿Quién?
 HEREDIA. ¿José Luis?

El poeta...
 Cuando un señorito hace
 cantares, señal que almuerza
 cada tres días. Al niño
 el padre lo tiene a dieta;
 y el niño, que está más loco
 que el padre y que siete espuelas
 de gatos, jura y perjura
 que va a haber una tragedia
 de las que ya no se ven
 más que en figuras de cera.
 ¡Es gracioso!

LOLA. ¿Tiene gracia,
 HEREDIA. verdad? Pues, aguarda: ella,
 la novia, la Rosarito,
 despechada—y no está fea,
 por cierto—después que el novio
 le dijo: *niña, a otra puerta,*
 vino a Sevilla a espiarlo.

LOLA.
HEREDIA.

Y allí donde lo ventea
va mi Rosarito.

¿Sí?

Se acabó la damisela
de marras. Una mujer
celosa es una pantera.

(Pausa.)

Filosofía: Dios hizo
el mundo con arte y ciencia
Lo vió y dijo: no está mal.
Y no estaba mal. La Tierra
en su sitio, quieta y firme;
(algunos dicen que rueda;
yo no lo creo), y el Sol,
y la Luna, y las estrellas
en su sitio, y a su hora
dando vueltas y más vueltas
sin tropezarse: un reló
con una máquina buena.

Y se echó a dormir. Después
vino lo de Adán y Eva
en su jardín; la alegría
de un matrimonio sin suegra;
y la manzana y la sierpe;
la esaborición aquella
que hizo Caín con su hermano;
el diluvio, y las almejas
que se ahogan, y la torre
de Babilonia y... etcétera,
las cosas que tú y que yo
aprendimos en la escuela.

Lo importante fué que un día
dijo San Pedro: Me suena
el mundo a caldera rota.

Señor, ¿qué pasa en la tierra?

—Asómate y lo verás.

San Pedro asomó la jeta
al mundo, mientras refan,
al verle la chichonera

tan venerable, con ganas,
los angelitos.—No quiera

usted saber lo que pasa,
dijo el santo. ¡Qué tristeza!

—Tú eres un rancio, Perico,
mira bien.— Que ya no quedan
dos onzas de sal!—¿Qué dices?

—Y se acabó la pimienta.

No he sido
mala persona

LOLA.

¡Qué gracioso! Tienes gracia
San Pedro.

HEREDIA.

Si te interesa,
prosigo.

LOLA.

¡Claro!

HEREDIA.

En Europa

—siguió San Pedro—canela
del mundo, en la misma España
que era su parte más recia,
todo se americaniza,
se desustancia, y de fuera
viene todo: cante, música,
juegos, bailes y peleas,
que lo castizo se acaba
y día vendrá en que venga
hasta el agua del bautismo
de Yan quilandía, en botellas.

Todo se democratiza,
barato y a la carrera
se hace todo, porque nada
vale un pepino; las perlas
que hizo usted tan despacito
hoy se fabrican por gruesas.
Ya todo es uno y lo mismo.
El sexo es una entelequia.
Los hombres y las mujeres,
como ellos dicen, se encueran
por menos de nada y... nada,
ni notan sus diferencias.

—Eso es muy grave, Perico.

—Y tanto. —¿Qué me aconsejas?

—Que se haga usted el distraído
un momentito y que vuelva
la serpiente y que les hable,
y a ver si esta vez se enteran

—dijo el santo—. No se pierde

—habló el Señor—la inocencia
dos veces. Será mejor
darle una forma flamenca
al mundo. ¿Qué te parece?

—Que usted sabrá. —Pues, espera.

Tomó el Señor un granito
de sal fina, de la buena,
y dijo: por una vez
trabajo en día de fiesta.

Haré una mujer de lujo,
que todo el mundo la quiera
y no quiera ser de nadie;
a ver si el mundo se ordena
por el querer, y las ducas
del querer las canta ella.
¡Hágase la Lola! El sol
se anubarró, las estrellas
se asomaron, como boba
se quedó la luna llena;
locos como siete cabras
cruzaron siete cometas.
Nació la Lola. El Señor
le dijo: date una vuelta
por el mundo.

(Pausa.)

LOLA.

¿Y qué pasó

después, Rafael?

(Con interés, después del silencio de Heredia.)

HEREDIA.

No quieras

saberlo.

LOLA.

Acaba tu cuento.

HEREDIA.

Que el Señor echó su siesta
como siempre, pero tuvo
que despertar. ¡Qué tormenta!
¡Qué pasa, Perico!—Nada.
Que el Universo chochea,
que se le fué a usted la mano
en un granito de esencia.

ESCENA II

LOLA, HEREDIA y ROSARIO

HEREDIA.

(A Lola, por Rosario, que llega por una de las
sendas que desembocan en la glorieta y en cuya
actitud se nota una mezcla de arrojo, de inquie-
tad y de extrañeza del medio, que ella trata de
disimular.)

Ya ves...

(Y luego, adelantándose sonriente a saludar a
Rosario.)

Pero... ¡señorita!

ROSARIO.

¿Usted aquí?

Sí, Heredia, sí.

¿Le extraña?

HEREDIA.
ROSARIO.

No... pero... aquí
a estas horas ¡y solita!
(Hablando con fingida volubilidad que revela
su excitación.)

Sola, no. Con un puñado
de amigos trasnochadores
que hasta aquí se han arrojado
conmigo, y han ocupado
uno de esos cenadores.
De entre ellos me escabullí,
pensando que encontraría
a mi tío por aquí...

(Dirigiéndose a Lola.)

Y que con él estaría
usted... No me esperaría
usted, de fijo.

LOLA.

(Con tranquila serenidad que contrasta con la
excitación de Rosario.)

Yo, sí.

Y antes que venga Don Diego
—que por suerte aun tardará
un buen ratito—usted va
a decirme—desde luego,
sin temor de que me asombre—
lo que hasta aquí la ha traído.

(Rosario, un poco desconcertada, vacila, y,
cuando va a hablar, Lola la detiene, añadiendo.)

Pero, antes..., sepa que el hombre
que usted busca no ha venido.

Ni vendrá...

ROSARIO.

(Excitadísima, la interrumpe, agresiva.)
¿Se lo prohibió

usted?

LOLA.

(La mira en silencio, primero con enojo, luego
con curiosidad, al fin con comprensiva simpa-
tía. Y, dirigiéndose a Heredia, que se ha hecho
discretamente a un lado, sin perderlas, sin em-
bargo, de vista, lo llama.)

¡Heredia!

(A Rosario, excusándose.)

Un instante.

(A Heredia, que se ha acercado, en voz baja.)

Déjanos solas.

HEREDIA.

(Algo alarmado.)

Pero...

LOLA. Descuida.

HEREDIA. (*Aún inquieto.*)

LOLA. Mas...
(*Decisiva e inapelable.*)

HEREDIA. ¿Basta o no
con mi palabra?

(*Vencido y convencido.*)

Bastante.

(*Y Heredia se aleja hacia el cenador de la derecha, detrás de cuyas plantas desaparece.*)

ESCENA III

LOLA y ROSARIO

(*Las dos mujeres se miden con la mirada. Pero Lola ve claro en el alma de Rosario que apenas puede reprimir su excitación. Para Rosario, en cambio, Lola permanece hermética y esto la irrita más y más.*)

LOLA. Yo podría contestar
a usted...

(*Es decir, volverle al cuerpo sus impertinencias.*)

Y también podría
no contestarle.

(*Es decir, despreciarlas.*)

Y sería

tal vez lo mejor... ¡callar!

(*Variando y dulcificando el tono.*)

Pero usted ha venido a hablar.

Hable. ¿Qué quiere saber?

¿Qué es lo que puedo yo hacer?

Confíese usted a mí.

¡Ya ha hecho usted, viniendo aquí,
una cosa de mujer!

No se arrepienta. ¡Adelante!

Dígame.

ROSARIO. (*Creuyendo ver en el tono sereno y aun benévolo de Lola la presunción de una rival segura de su triunfo y queriendo desconcertarla y ofenderla al mismo tiempo.*)

Pero se engaña
si piensa que de su amante
tengo celos.

- LOLA. *(Con fingido asombro y cariñosa zumba.)*
¡Viva España!
- ROSARIO. ¿Quién es mi amante? José
- LOLA. *(Como antes.)*
Luis.
- ROSARIO. ¿Me deja usted absorta!
No sabía...
- LOLA. ¿Niega usted?
¡Pero si a mí no me importa!
¡Si eso ya se quedó atrás!
¡Si acabamos hace un mes,
y a estas horas ni...!
- ROSARIO. Ahora... es
cuando usted lo quiere más.
- LOLA. *(Herida en lo vivo. Desconcertada e irritadísima.)*
¡Por decoro, aunque así fuera,
no se lo confesaría!
- ROSARIO. *(Con naturalidad.)*
¿A él?
- LOLA. *(Resignada.)*
¡Ni a usted!
- ROSARIO. ¿Qué tontería!
Yo, ya lo sé. Ahora sería
preciso que él lo supiera.
*(Acercándosele, amable, pero con una autoridad
a cuya sugestión Rosario trata de sustraerse
en vano.)*
Que sin miedo y sin orgullo
se le acercara usted así
y le dijera usted: «Aquí
tienes todo lo que es tuyo.»
Y, sin pensar que le dió
nada, aun añadiera usted:
«Es muy poco, ya lo sé;
¡pero soy todita yo!»
- LOLA. *(Tratando de evadirse de la sugestión de Lola
y dándole ingenuamente de enterada.)*
Con los hombres la lealtad
no es camino.
- ROSARIO. *(Una chispitina despectiva.)*
Para usted
sería una novedad...
Pero, pruebe usted. ¿Por qué
ese miedo a la verdad?

- ROSARIO. *(Herida y agresiva.)*
Así puede discurrir...
- LOLA. *(Yendo al encuentro de la ofensa.)*
¿Quién?
- ROSARIO. La que lo puede hacer
sin miedo a dar qué decir...
- LOLA. *(Queriendo llegar hasta el final y pronto.)*
Y sin nada que perder,
¿verdá?
(Rosario baja un momento los ojos como asintiendo: pero sin atreverse a decirlo.)
Escuche usted.
- ROSARIO. *(Sosteniendo la mirada de Lola.)*
La escucho.
- LOLA. Y respóndame sincera.
¿Lo quiere usted mucho?
- ROSARIO. *(Con toda su alma, erguida la cabeza y fulgurantes los ojos.)* Mucho.
- LOLA. *(Por penetrar del todo en el alma de Rosario y algo quizás en la suya propia.)*
¿Si yo también lo quisiera?
- ROSARIO. *(Loca de celos y estallando de rabia.)*
¿La mataría!
- LOLA. *(Riendo.)*
¿Qué espanto!
- ROSARIO. *(Ciega de ira, y sintiendo que Lola juega con ella como el gato con el ratón, saca del bolsillo de mano un pequeño revólver de señora, gritando amenazadora.)*
¿Se burla?
- LOLA. *(Sin inmutarse ni dejar de sonreír le coge la mano y la obliga dulcemente, como si se tratara de un juguete cualquiera, a volver el arma al bolso, atrayéndola al mismo tiempo hacia sí con cariñoso imperio. Rosario no resiste y se deja hacer atónita y confusa.)*
¡Guarde usted eso,
tontilla!... ¡Y deme usted un besol!
- ROSARIO. *(Asombrada, vencida y a punto de llorar.)*
Yo... ¡Lola!
- LOLA. ¡Y suelte usted el llanto!
(Y, en efecto, Rosario vencida, confusa y quebrantada por la enorme superioridad de Lola, cuya grandeza se le impone, cae rendida sobre el banco, llorando sin consuelo, con la cara oculta entre las manos. La pobre niña llora de dolor, de vergüenza, de arrepentimiento, de odio... v

Lola

Porque yo decir la dejo,
que soy—piensa usted de mí—
la amante del joven y
la protegida del viejo.

Pues bueno: ni es nada mío

Pepe—usted sabe que yo
nunca miento—ni su tío
tanto así de mí logró.

Soy buena, no por decir
que lo soy, ni por hacerlo
valer. No llegué a sentir
ganas de dejar de serlo

... porque no llegó el instante,
o porque ha querido Dios
que sea mi amante el cante
y no puedo tener dos.

ROSARIO.

*(Llena de alegría por esta declaración de Lola,
y al par de sincero arrepentimiento.)*

¡Lola!... ¡Perdón!

LOLA.

No hay que hablar...

Aunque por no pelear

oigo a la gente decir

que canto para vivir,

yo vivo para cantar.

Pero si me enamorara

de un hombre, no me parara

en puntos de orgullo vano

y mi querer le brindara

como un sorbo de agua clara

en la palma de la mano.

Haga usted lo que yo hiciera.

Renuncie usted a ese papel

de niña arisca y ligera.

Y sea usted para él...

lo que pensó que yo era.

ROSARIO.

*(Encantada de oírlo, temiendo sólo que sepa
corresponder.)*

Y él ¿sabrá?...

LOLA.

Viendo en el fondo

un cariño verdadero,

Rosario, yo le respondo

de que él es un caballero.

¡Pero es un hombre primero!

Y para escoger sería

bueno que, al volverla a ver,

encontrase una mujer

donde dejó un alma mía...

¿Quiere?...

ROSARIO.

¡Pues no he de querer!

LOLA.

Entonces ¿va usted a fiarse

ya de mí?

ROSARIO.

*(Con plena confianza y abandono: con fe y
entusiasmo.)*

¡Sí, Lola, sí!

¿Qué hay que hacer?

LOLA.

Ahora, marcharse:

ROSARIO.

que no está su sitio aquí.

(Sumisa.)

LOLA.

Bien.

Cuando llegue su tío,

yo misma le avisaré

y, entonces, ya puede usted

volver.

ROSARIO. En usted confío.
 LOLA. Desde allí se oirá el estruendo...
 ROSARIO. ¿También... mi tío?...
 LOLA. *(Con cómica resignación.)* También,

ROSARIO...
(Con entusiasmo afectuoso.)
 ¡Y todos! ¿Y quién
 no, Lola?... ¡Y yo lo comprendo!
 Con Don Diego no hay apuros...
 El va derecho a comprar.
 Con él todo es renunciar
 a unos millares de duros...
 A muchos...

ROSARIO. Claro...
 LOLA. Es tan necio
 ROSARIO. que no cesa en su locura.
 LOLA. Es decir, que él se figura
 que todo es cuestión de precio.
*(Lola se levanta del banco; Rosario también,
 dispuesta a marchar hacia el cenador, donde
 tiene su reunión.)*
 Vamos... La acompañaré.
 No quiero que vaya sola.
 Pero si la ven a usted,
 tendrá que cantar... ¡La Lola!
 ¡Ahí es nada!

ROSARIO. Cantaré.
 LOLA. *(Deteniéndose un momento y aludiendo a José
 Luis.)*
 ROSARIO. Si él viniera...
 LOLA. ¡No lo quiera
 Dios! ¡Su padre le prohibió,
 furioso, que aquí pusiera
 los pies!...

ROSARIO. *(Suplicante.)*
 Pero... si viniera...
 LOLA. Allá te lo mando yo.
 ROSARIO. ¿Y... si no quiere?
 LOLA. Querrá.
 ROSARIO. ¿Estás tú segura?
 LOLA. *(Sonriendo.)* Sí.
 ROSARIO. ¿Si no fuera?...
 LOLA. Mujer, si
 no fuera, vienes tú acá.
 Porque hay la misma distancia,
 y el querer, sin condiciones,
 se demuestra con acciones
 de humildad, no de arrogancia.

ROSARIO. *(Loca de contento y de confianza en Lola.)*
 ¡Oh, sí!
 LOLA. ¡Acudiendo rendida
 al amor tan diligente
 como a los ojos la vida,
 como el agüita a la fuente,
 como la sangre a la herida!...

ROSARIO. *(Encantada y volviendo a ex abundancia cordis
 al tema del sacrificio generoso.)*
 Ahora... que si tú...
 LOLA. *(Sin querer oír y empujándola suavemente.)*
 ¡Adelante!

ROSARIO.

(Insistiendo.)

Mira que...

LOLA.

(Definitiva.)

¡Vaya por Dios!

¿No te lo he dicho endenante:
que tengo un amante?...

ROSARIO.

¡...!

LOLA.

El cante;

y no quiero tener dos.

(Y ambas, de la mano y cogidas por el talle, se
van por la misma senda que trajo Rosario.)

Escena IV
M. Rosco
Jose Luis
[...]

Esto es querer o es morir:
ay Lola de mis entrañas!
que solo decir tu nombre
me da la vida y me mata.
Enfermo estoy de ti
de curar no hay esperanza
que en la sed de este amor loco
tu eres mi sed y mi agua
yo quisiera ser el aire
que toda entera te abraza
yo quisiera ser la sangre
que corre por tus entrañas
¿Esto es querer o es morir?
Fatigas son y tan malas

que por venir de quien vienen
no quiero yo que se vayan
¡Maldita sea la sed
y maldita sea el agua
Maldito sea el veneno
que envenena y que no mata.

ESCENA V

LOLA y JOSÉ LUIS

LOLA. (Con seriedad, pero cariñosa reconvencción.)
¡José Luis!
JOSÉ LUIS. Lola...
LOLA. Usted
no está en su juicio...
JOSÉ LUIS. ¿Por qué?
LOLA. ¿Qué busca usted aquí?
JOSÉ LUIS. ¿Yo? ¡A ti!
LOLA. ¿Sabe a quien espero?
JOSÉ LUIS. Sí.
Ya lo creo que lo sé.
Y lo detesto.
LOLA. ¡Chiquillo!
Un padre...
JOSÉ LUIS. El hombre que hacía
llorar a mi madre... ¡Había
de ser él, él!...
LOLA. ¡Pobrecillo!
¿Qué le ha hecho?
JOSÉ LUIS. Nada... querer...
no quererte, ¿entiendes?, ¡no!
¿Quererte? ¡No! Apetecer
no más lo que adoro yo.

CANTARON de Lola y José Luis
Música

JOSÉ LUIS. Por convencerte, nombre, porvenir, fortuna, ...y hasta venganza de una mujer, que pudo ofenderte, ¡todo te lo doy!

Hablado

LOLA. *(Volviendo bruscamente a la realidad y recuperando con ella toda su entereza.)*
¡Rosario!

¡Aquí está!

JOSÉ LUIS. *(Extrañadísimo e incrédulo.)*
No.

LOLA. *(Con firmeza.)* ¡Sí!
JOSÉ LUIS. *(Contrariado y admirado a la par.)*
No...

LOLA. *(Persuasiva.)* ¡Sí!
¡Por ti ha venido!

JOSÉ LUIS. *(Negando, incrédulo.)*
¡Por mí!

LOLA. ¡Corre a verla! ¡Es necesario!

JOSÉ LUIS. ¡Si yo a quien quiero es a tí!

LOLA. *(Que no quiere oírle ya.)*
En el cenador del puente está.

JOSÉ LUIS. *(Aferrándose a su incredulidad, para disculpar en cierto modo, ante sí mismo, su indiferencia por Rosario.)*

¡Bah! Ni puede ser ella capaz...

LOLA. El querer hace a una mujer valiente, y ella ya es una mujer; porque ha empezado a pensar. ¡Ve a verla!

JOSÉ LUIS. ¡No!
(Decididamente.)

LOLA. ¡Criatura, que ella te dé la ternura que yo no te puedo dar!

(En Lola ha pasado por completo el momento de desfallecimiento y, en su afecto leal por José Luis, sólo deseaba la felicidad de éste con Rosario.)

ESCENA V

LOLA y JOSÉ LUIS, en la glorieta. En el cenador han ido entrando DON DIEGO y sus amigos. Estos son DON NARCISO GALERNA, rico propietario rural sevillano; una especie de Sileno con patillas blancas de bocajacha, bonachón, gordo y manzanillero; para el vino un touel sin fondo; para la juerga, todo alegría y animación; más joven, a pesar de sus sesenta, que todos los demás. CHIPIONA, antiguo cantador retirado, hoy especie de secretario, espolique o escudero de Don Diego. PANZA-TRISTE, guasón de mala sombra, con ribetes de rufián y de matón, parásito de las juergas, un poco siniestro y amargado. CORTA-EL-HIPO, otro sujeto de la misma calaña, pero bondadoso y alegre. EL MAESTRO BAENA, rico industrial sevillano, antiguo comerciante de aceitunas. EL NIÑO DEL ARENAL, el torerito de moda, que apadrina Don Diego, muchacho formalito y callado, un poco presumido, pero cortés y serio. Entran en el cenador por la puerta trasera, que se supone da a la parte opuesta del jardín; rodean la mesa con gran algazara y charloteo. Vienen ya todos bastante mojados. Dos camareros les sirven vino, llenando las cañeras y distribuyendo las copas; luego se van y vuelven de cuando en cuando, según el diálogo indica. También cuando se señala el diálogo, Heredia se incorpora a la reunión.

DON NARCISO. *(A Baena, continuando una conversación que ya traen comenzada.)*

¡Que no se va usted a enterar!
El toreo de cintura
no es el toreo de brazos.

BAENA. *(Con socarrona admiración.)*

¡Vaya!

DON NARCISO. ¡Ni lo ha sido nunca!

LOLA. *(A Pepe, que se ha quedado como abstraído en el banco de la glorieta.)*

¡Ya están ahí!

JOSÉ LUIS.

¿Quién?

LOLA.

Su padre

JOSÉ LUIS.

y los amigos. La chusma
que lo rodea y lo explota.
¡Qué asco!

DON NARCISO. *(A Baena.)*

¿Y a usted no le gustan
los toros?

BAENA.

¿A mí? En el plato;
con alcachofitas, una
jartá.

CHIPIONA.

(Echando vino en las cañas y dando a Don Diego y a los otros dos.)

¡Que sea motivo!

LOLA.

(A José Luis.)

Váyase.

BAENA.

Traemos muchas
ya en el cuerpo.

DON NARCISO.

Venga un vino
de corte. Paz a Sanlúcar.

CORTA-EL-HIPO.

La reina, ¡la emperatriz!
del cante.

CHIPIONA.

¡Olé!

La hermosura
que trae revuelta a Sevilla.

N. DEL ARENAL.

¡Suerte, Don Diego!

PANZA-TRISTE.

(Adulador siempre con Don Diego y malintencionado para Lola.)

Sandunga
y rumbo, ¡qué suerte! Suerte
la de la niña.

DON DIEGO.

La última
esta me juego esta noche.

DON NARCISO.

Pero... ¿ella vendrá?...

DON DIEGO.

Sin duda.

PANZA-TRISTE.

¡Y que no viniera!

DON DIEGO.

(Tomando un estuche de joyería que había dejado sobre la mesa y abriéndolo, ante los ojos admirados de todos, que han formado grüpo en torno de él.)

Mira

lo que le traigo. ¿Te gusta?

DON NARCISO.

(Con cómica seriedad y verdaderamente admirado.)

Don Diego... ¡Pero esto vale
un cortijo!

BAENA.

¡Una fortuna!

(Examinando la joya.)

DON DIEGO.

¡Sí! Después de mí el diluvio!

DON NARCISO.

(A Heredia.) *Ole*

Un poquito de bulla,
porque aquí falta alegría.
¡Música, maestro, musical

BAENA.

Música
Entran los bailes
(Heredia inicia en la guitarra un tanguillo. Don Narciso se levanta de su silla y lo baila y lo canta de un modo cómico, al estilo antiguo de las viejas ricas de Cádiz, mientras los demás, muertos de risa, lo acompañan chocando las copas y haciendo palmas. Sólo Don Diego permanece bebiendo, sentado.)

PANZA-TRISTE.

~~██████████~~ *Bien vicia Hablado*
(Por lo viejo de la copla.)

DON NARCISO.

Aquí falta gente.

DON DIEGO.

(A Heredia, que acude a él en seguida.)

Heredia... Tu cantaora...

HEREDIA.

¿La Lola? Estaba aquí ahora...

DON DIEGO.

(Autoritario.)

Búscala.

HEREDIA.

¡Inmediatamente!

(Y obsequioso, para calmar su impaciencia, hace señas de que espere un instante y sale por la puerta al jardín, después de comprobar con una mirada de águila la excitación peligrosa que reina ya en la reunión.)

DON DIEGO.

(Se atiza otro copazo y dice siempre, pensando en Lola.)

La reina, la emperadora...

HEREDIA.

Escena VI
(A José Luis.)

Don Pepe... Usted no querrá
que haya aquí una tontería.
Y se irá...

LOLA.

(Interviniendo, absurda, al parecer de Heredia.)

O se quedará...

si quiere.

HEREDIA.

(Asombrado.)

Mas...

LOLA.

(Imperiosa.)

¿Todavía?

(Como diciendo: ¿todavía réplicas?)

(En esto Don Diego, siguiendo el camino de Heredia, va a aparecer en la glorieta y viene gritando.)

DON DIEGO.

¡Lola!

HEREDIA.

(Al verlo venir.)

¡Nos cayó la helá!

(Y hace un gesto como diciendo: sea lo que Dios quiera.)

DON DIEGO.

(Sin ver, en un principio, más que a Lola.)

¡Reina!..

(Pero en seguida se fija en Heredia y en José Luis.)

¿Se puede saber
qué pasa?... ¿Y ese mocito

quién es? ¡Calla! El señorito
de casa... Ahora vas a ver,

(Dirigiéndose a él, furioso y amenazador.)

¿No le he dicho a usted que no
quiero verlo? ¿Cómo ha osado
presentarse? ¿Quién le ha dado

vala en este...?

(Y como no quiere decir sentierros, corta la frase con un amenazador.)

¡Bueno!

LOLA.

(Interviniendo, tranquila y serena, con dulzura que encanta y fascina a Don Diego.)

Yo

que viniera le he rogado.

6

DON DIEGO.

(Con asombro y disgusto.)

¡Tú! ¿Por qué?

LOLA.

Porque no quiero guerra entre un padre y un hijo.

¿Me va a dejar mal?

DON DIEGO.

¡No!... Pero...

LOLA.

Pues haya paz.

DON DIEGO.

(A quien la presencia de Lola ha puesto el vino optimista y ve las cosas de un modo más alegre y confiado.)

Bueno... sí,

que se quede... Así verá lo que eres tú para mí.

JOSÉ LUIS.

(A Lola, sin poder contener su disgusto.)

¡Lola!...

LOLA.

(Autoritaria.)

Silencio.

DON DIEGO.

Y sabrá

que él no es nada para ti.

Y empiece el solemne acto.

(Va a dirigirse al cenador, Lola lo detiene, preguntándole.)

LOLA.

¿Cuál?

DON DIEGO.

De tu coronación.

LOLA.

¿A mí una corona?

DON DIEGO.

Exacto;

que vale medio millón

cumplido.

LOLA.

En mucho me tasa,

Pero—si acepto—mis bienes

van a ir todos en mis sienes.

DON DIEGO.

(Acercándose a ella congestionado de vino y de deseos.)

Queda mucho más en casa.

Ven a verlo. Allí lo tienes.

(José Luis hace un movimiento que Lola corta con un gesto, antes que Don Diego se dé cuenta. Se separa de éste y queda junto a Heredia, que le dice al oído, señalando con la vista al padre y al hijo.)

HEREDIA.

(A Lola.)

Si crees que esto va a quedar

así, sin ir adelante

y que te vas a librar

como siempre... por el cante...

(Lola lo mira, sonriente y tranquila.)

¡Eso! ¿Y quién lo va a arreglar?

DON DIEGO. *(Que ha inspeccionado la glorieta y le parece estúpida para su propósito.)*

¡Heredia! Di a los amigos
que bajen aquí.

HEREDIA.

Voy.

(Se encamina al cenador.)

DON DIEGO.

Quiero

que todos sean testigos
—así fuera el mundo entero—
de lo que va a suceder
aquí ahora.

*(Encarándose con su hijo, entre campechano y
amenazador.)*

Conque a ver,
cómo te portas, mocito.
Si te deslizas tantito
así, te vas a caer.

Camarero

¡Champán!

*(Todos cogen su copa de champagne y forman
un semicírculo en derredor de Lola y de Don
Diego.)*

DON DIEGO.

(Tomando su copa y alzándola para brindar.)

Venga esa tisana.

Por la mujer más serrana,
la hembra de más trapío,
la cantante soberana.

DON NARCISO.

Novia de un amigo mío.

*(Todos ríen obsequiosos la buena ocurrencia y
beben sus copas.)*

ESCENA VII.

En este momento, por la vereda central, desemboca en la glorieta ROSARIO, acompañada de dos señoritos, correctamente de smoking: dos aristócratas amigos suyos.

ROSARIO.

Yo también quiero brindar.

DON DIEGO.

(Asombrado y sin dar crédito a sus ojos.)

¡Rosario! ¿Tú?... ¡Estoy soñando!...

*(Y en efecto, entre los vapores del vino y la ex-
citación del momento, la aparición de Rosario
allí, a aquella hora, es como un sueño para Don
Diego.)*

ROSARIO.

(Presentándole a sus amigos.)

El duque de San Fernando,

Curro Báez.

DON DIEGO.

*(Tendiéndoles la mano un poco como a figuras
de ensueño.)*

¡A presenciar

la fiesta? Vayan pasando...

Y prepárense a escuchar.

*(Rosario queda junto a Lola. Los dos amigos
se confunden con el grupo de los otros.)*

ROSARIO.

Yo...

DON DIEGO. *(Interrumpiéndola, solemne.)*
Señores y milores:
En el mundo nadie ignora
que Lola es la cantaora,
única entre las mejores.
¡No se merece, señores,
diadema de emperadora?
(Ruidoso y unánime murmullo de asentimiento.)
(Don Diego, volviéndose a Chipiona.)
El estuche, secretario.
(Chipiona se lo da y él se lo presenta, abierto a Lola.)

LOLA. *(Realmente admirada de la belleza y riqueza de la joya, mientras José Luis la mira a ella ansiosamente temiendo que acepte.)*
¿Te gusta?

DON DIEGO. *(Sí.)* ¿Te acomoda?

JOSÉ LUIS. *(Sin poder contenerse.)*

¡Por Dios, Lola!

LOLA. *(Tomando el estuche de manos de Don Diego, que suspira satisfecho.)*

¡Extraordinario!

Lindo regalo de boda

a su sobrina Rosario.

(Y pone la joya en manos de Rosarito, con asombro de todo el mundo.)

Me desprecias.

LOLA.

No es desprecio.

En más que vale se aprecia.

DON DIEGO.

(Enfurecido sin contener su enojo.)

Pero esa soberbia necia...

JOSÉ LUIS.

(Estallando, a su vez, contra el padre.)

¡Usted es el loco y el necio!

(Padre e hijo van a lanzarse ciegos uno contra otro. Pero entre Galerna, Chipiona y Corta-el-hipo, sujetan fuertemente a José Luis, en tanto que Buena, el Niño del Arenal y los amigos de

Rosario rodean a Don Diego, impidiéndole todo movimiento.)

DON NARCISO.

¡Pepe!

CHIPIONA.

¡A un padre!...

PANZA-TRISTE.

(Desahogando toda su bilis, su despecho y su veneno contra Lola.)

Usted no ve

donde apunta esa lagarta,

Don Diego... Una mujer harta

de rodar...

(Pero no ha acabado la frase cuando Heredia se le pone delante, preguntándole, terrible.)

HEREDIA.

¿Qué ha dicho usted?

PANZA-TRISTE.

(Evasivo y provocativo a la par.)

Ya está dicho.

HEREDIA.

Y ya está hecho,

¡granuja!

(Y le da una bofetada tremenda a Panza-triste. Este se tambalea, pero recuperando el equilibrio se lanza sobre Heredia, blandiendo una navaja enorme.)

ROSARIO.

¡Ay!

(Casi desmayada.)

LOLA.

¡Heredia!

HEREDIA.

(Esquivando los viajes del otro hasta que consigue sujetarle por el brazo y retorciéndole la muñeca le hace soltar el arma.)

Pincha, raja...

y trae p'acá esa navaja
que eso no lo gastan más
que los hombres.

(Se la quita, y sin soltarle el brazo, con fuerza irresistible, le hace dar de cabeza a los pies de Lola.)

A pedir

perdón ahora a esta mujer.

(Y levantándolo el mismo lo lleva a empellones al rompimiento de la extrema derecha.)

Y ahora, ¡a correr!

(Y como el otro trata aún de resistirse, le da un último empellón y mete una mano al bolsillo del revólver, diciendo.)

Y a correr,

¡no me vaya a arrepentir!

(Y ante el ademán de Heredia, Panzá-triste huye, al fin, despavorido, ciego, derribándolo todo a su paso. Heredia se vuelve tranquilamente, ajustando un poco el desorden de su traje. Después pasa una mirada por la reunión y se da cuenta, rápidamente, por la actitud de Don Diego y José Luis, de que el magno problema sigue en pie.)

LOLA.

(Acudiendo, solícita, la primera.)

¿Herido?

HEREDIA.

(Negando.)

¡Bah! Se acabó.

Ahora ustedes, si les place
sigan aquí. Lo que hace
Lola y yo nos vamos.

DON DIEGO.

¡Oh!,

¿por qué?

HEREDIA.

Porque quiero yo

(Volviéndose a Lola, que asiente sugestionada y comprendiendo al par con Heredia la necesidad de irse.)

¿Verdad?

DON DIEGO.

Yo no.

(Furioso.)

HEREDIA.

(Tranquilo, pero resuelto.)

No le hace.

(Y tomándola del brazo, lleno de orgullo, en actitud que por sí sola abre camino.)

Paso a la Lola, que ya
Sevilla se queda sola.

Oye.

Espera, Lola.

JOSÉ LUIS.

DON DIEGO

JOSÉ LUIS.

HEREDIA.

¡Lola!

(Terminando la frase.)

Porque la Lola se va.

(Y, efectivamente, Lola, del brazo de Heredia se aleja por la vereda central, hacia el fondo, en medio de la estupefacción y también de la admiración general, mientras cae, rápidamente, el

TELON

